

Escalada del Espolón

S. E. del Gallinero

PROYECTANDO unos días de vacaciones, me encuentro con mi amigo Iñaki Arregui en nuestro club de montaña ojeando la guía Olivier, y una bonita vía nos llama la atención. El Espolón S. E. del Gallinero (Vía Anglada-Cerdá) de V. Son los últimos días de septiembre cuando nos encontramos en la base del Gallinero (Ordesa).

El Espolón S. E. es una vía de 400 metros verticales, el noventa por ciento en escalada libre, su mitad inferior está compuesta al principio de finos pasos acompañados de molestas enredaderas que dificultan más la progresión. Luego siguen unos largos atléticos y libres para dar paso a una travesía de unos cuarenta metros en tramos de roca insegura que da acceso a una franja herbosa, a la que sigue un diedro de ciento veinte metros verticales con mezcla de pasos finos y atléticos la mayoría en libre. Toda la vía en sí, se caracteriza por la dificultad muy mantenida, que se hace muy patente desde el primer largo, y la extraordinaria visión durante la escalada del magnífico Parque de Ordesa.

Nos cuesta bastante encontrar el principio de la vía a seguir.

Al fin encontramos la base compuesta por unas matas herbosas. Empieza Iñaki el primer largo por pasos finos y de oposición, con un par de clavos llega a la reunión, subo por unas lajas atléticas de dificultad superior en las que abunda el IV, la llegada a la reunión de mi compañero me cuesta por lo fino del paso, por ser el primer largo en frío y por la mochila que llevo a la espalda. La reunión se compone de dos clavijas muy seguras a las que acompaña una frase grabada en la piedra que nos deja de ídem: POR AQUI NO ES.

Hago una travesía a la derecha sobre unos bloques y... cuál no es mi sorpresa al divisar por encima de mi cabeza, un par de pitones que me indican el buen camino. Grito a mi compañero que se presenta rápido en la plataforma de reunión, continúa el largo por una serie de lajas y bloques acompañados de matojos que no hacen otra cosa que impedir la normalidad de la escalada. Me reúno con Iñaki, le paso la mochila, e inicio el siguiente largo por grandes bloques y como a mí me gustan, atléticos y libres. Hago reunión en un pequeño

balcón que mira descaradamente al valle. Estamos a ciento cincuenta metros del suelo y ya se empieza a divisar como a vista de pájaro toda la grandiosidad del cañón del río Arazas.

Continúa Iñaki por unos pasos por oposición de piernas: que son la clave y uno de los pasos más difíciles de toda la escalada, y colgado de un clavo encontramos un mosquetón de «dural», dejado por nuestros antecesores, que no era nada fácil recuperarlo, pero con una cuerda por delante, mereció la pena algún numerito de circo para conseguirlo, porque este tipo de mosquetones no es que esté a un precio muy adquisitivo.

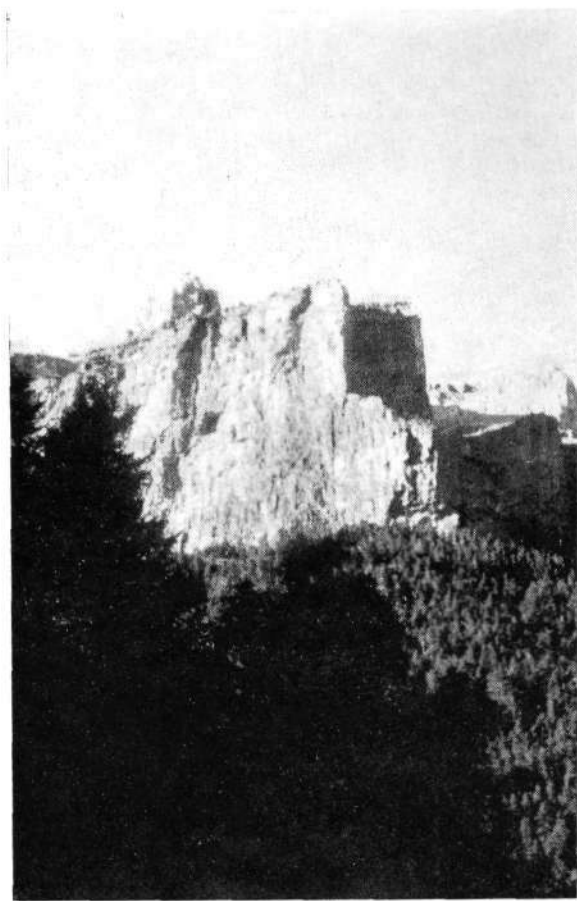
La pared cambia de tonalidad, me dispongo a realizar el primer largo de la travesía, que discurre por un balcón sin dificultad, acompañado de alguna panza y roca suelta, hago reunión en un nicho en el que no se clava muy cristiano.

Continúa Iñaki la travesía en tramo algo descendente, bonito, sumamente aéreo y con aspecto bastante descompuesto, completan la obra un par de tacos en grieta vertical que «moralmente» ayudan a alcanzar la franja herbosa o entreacto de esta escalada.

Nos sentamos, unas ronchas de salchichón con pan, acompañadas de un inmenso ruido, que nos hace mirar hacia arriba como si la montaña se desmoronase, mas la presencia de unas nubes grises que rápidas borraban el azul del firmamento, nos decidieron a atacar el diedro de ciento veinte metros, con abundantes V y algún VI, por piernas.

Iñaki tira de rabia su sabroso cigarro «Celtas» y me dice que el único que le queda nos lo fumaremos a medias en la cumbre. En fin: «A falta de pan... buenas son tortas.»

Inicia Iñaki el primer largo del diedro, la dificultad es patente, y supera unos pasos muy difíciles, que acaban en un susto mayúsculo al agarrarse a un



*Aspecto de la pared del Gallinero
(ORDESA)*



En plena vía

bloque suelto y... una vez más se hace realidad esa frase: en escalada, como mínimo, siempre tres puntos de apoyo. Su cara se ha tornado blanca, contrastando con la barba negra, y descansa un rato para que se le pase el «soponcio». Comienzo el siguiente largo por una corta travesía a la derecha muy fina (V) y prosigo por grandes bloques hasta la reunión.

Sube Iñaki cargado con la mochila, que cada vez parece que pesa más, y aunque donostiarra, pero desde niño afincado en Pamplona, me dice que el paso es muy «finico». Llega donde mí y continúa por unos pasos en artificial sobre dudosos tacos, de los cuales al probarlos uno de ellos lo saca con la mano, es un paso incómodo, continúa por una estrecha fisura muy vertical, que parece que te rechaza, se progresa por oposición de manos y codos, un taco

semipodrido en su mitad acaba con este arriesgado paso. Continúo por una serie de bloques IV y IV sup. cuando empieza a caer un «chirimiri» que todo lo moja. Mi compañero me mete prisa, pero una vez más la llamada de la seguridad. Llevaba veinte metros sobre terreno difícil y mojado y sin clavija alguna por medio, una grieta horizontal me invita a meter una «universal», cuatro martillazos acompañados de los gritos de mi compañero: «¡Que nos pelamos!» Componían una rara sonata que jamás había oído.

Llega Iñaki y hasta la cima nos quedan una treintena de metros de III pero muy húmedos.

Llegamos a la cumbre, y una vez más, la montaña selló para siempre una inolvidable amistad entre dos hombres que vivieron juntos unas horas intensas, sumidos en la grandiosidad de una de las paredes más fabulosas de Ordesa. Sigue lloviendo y no paramos hasta encontrar las clavijas de Cotatuero, ya muy de noche. Con ayuda de cerillas llegamos al vivac de' debajo de la pared. No pude compartir en la cumbre el cigarrillo «Celtas» de Iñaki, pero no importa, pues a la noche dimos buena cuenta de una lata de fabada asturiana que dejó muy satisfechos a nuestros tristes estómagos.



Una reunión

Nos metemos en nuestros sacos y, aun con el cansancio, no dejábamos de admirar aquel fenómeno de la Naturaleza... Oscuras nubes pasaban rápidas, tapando un sinfín de estrellas que adornaban el cielo en aquella noche de septiembre. Cielo, estrellas, nubes... componían una armoniosa melodía que nos dejó sumidos en un sueño de paz y tranquilidad.

JOSE M. MUGICA.

Escalada realizada el 25 de septiembre de 1973 por Iñaki Arregui, del Club Deportivo Navarra y E.N.A.M. de Navarra, y José M. Múgica, del Grupo Montaña Urdaburu y E.N.A.M. de Guipúzcoa.